XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario/C

La Segunda Venida de Cristo

Estamos terminando el año litúrgico, y no es extraño que los textos de la misa de hoy nos hagan mirar al futuro de la humanidad y del nuestro: Recordemos que las Lecturas del Domingo pasado nos hablaban de nuestra resurrección, haciéndonos reflexionar sobre lo que nos espera después de esta vida terrena; y las de hoy continúan esa línea y nos hablan del Fin de los Tiempos, la Segunda Venida de Cristo.

El Fin de los Tiempos es el momento de la resurrección de los muertos, de la Segunda Venida de Cristo y del Juicio Final: "Cuando se dé la señal por la voz del Arcángel, el propio Señor bajará del Cielo, al son de la trompeta divina. Los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar" (1Ts. 4, 16). Y continúa San Pablo: "Después nosotros, los vivos, los que todavía estemos, nos reuniremos con ellos llevados en las nubes al encuentro del Señor, allá arriba. Y para siempre estaremos en el Señor" (1Ts. 4, 17). (cf. CEC 1001).

La Segunda Venida de Jesús se llevará a cabo mientras la gente está ocupada con los acontecimientos de la vida diaria: de comer, beber, casarse, comprar, vender, sembrar, construir. Los que estén unidos a Dios con una vida de justicia y santidad participarán en esta definitiva etapa de la Iglesia y del mundo, también llamada la Jerusalén celestial, en la cual "no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado" (Ap 21, 4).

Por esto, hoy Jesús nos orienta en el evangelio a mirar hacia el futuro con realismo y seriedad. Jesús no quiere infundirnos miedo, sino una esperanza serena. Nos pone sobre aviso de falsas alarmas y, sobre todo, nos invita a ver en este anuncio un mensaje de salvación: "No tengáis pánico… ni un cabello de su cabeza perecerá: con su perseverancia salvarán sus almas".

El final de los tiempos no es inminente. Pero sí es serio, y nos orienta a una vida comprometida, vida de peregrinos que avanzan hacia una meta y no se quedan distraídos en el camino. "La espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra, donde crece aquel cuerpo de la nueva familia humana, que puede ofrecer ya cierto esbozo del siglo nuevo" (CEC.-1049). Por tanto, la felicidad en la otra vida se corresponde con la felicidad en ésta: el que, por no saber darse a los demás, no tiene capacidad de amar y ser feliz aquí, se autoexcluye de la felicidad eterna en el Cielo.

Esta mirada hacia el horizonte futuro no pretende aguarnos la fiesta de la vida, sino ayudarnos a ser sabios. La vida hay que vivirla en plenitud, sí, pero responsablemente, siguiendo el camino que nos ha señalado Dios, y sin dejarnos engañar por presuntos mesías que nos ofrecen recetas salvadoras más apetitosas. Jesús nos advierte que encontraremos, en nuestro camino, persecuciones y dificultades, si queremos en verdad ser fieles y dar testimonio de él. Cuando Lucas

escribía esto, ya la comunidad cristiana tenía experiencia de cárceles, envidias, odios y muertes. Jesús nos dice que sólo "con nuestra perseverancia" salvaremos nuestras vidas.

Cada Eucaristía nos hace vivir una cierta tensión entre el pasado y el futuro, concentrados ambos en el presente. En una de las aclamaciones que más veces repetimos se condensa esta situación: "anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección: ven, Señor Jesús". Y se nos hacen también familiares otras expresiones de esta mirada al mañana: "mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Señor Jesucristo"… Nuestro destino y el del mundo está en el futuro, y se llama Dios. Pero el futuro ya está en el hoy de cada día. Y la Eucaristía es nuestro alimento para el camino.

En la Eucaristía, todo expresa la confiada espera: "mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo". Quien se alimenta de Cristo en la Eucaristía no tiene que esperar el más allá para recibir la vida eterna: *la posee ya en la tierra* como primicia de la plenitud futura, que abarcará al hombre en su totalidad. En efecto, en la Eucaristía recibimos también la garantía de la resurrección corporal al final del mundo: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día" (*Jn* 6, 54). Esta garantía de la resurrección futura proviene, de que la carne del Hijo del hombre, entregada como comida, es su cuerpo en el estado glorioso del resucitado. Con la Eucaristía se asimila, por decirlo así, el 'secreto' de la resurrección. Por eso san Ignacio de Antioquía definía con acierto el Pan eucarístico 'fármaco de inmortalidad, antídoto contra la muerte'.

En efecto, nuestro camino de cada día, de cada semana, ha de ser este avanzar hacia la plenitud que Dios quiere, hacia aquel DÍA DE VICTORIA "que sólo el Padre sabe". Aquel Día que anunciamos siempre que celebramos domingo a domingo en la fiesta de la Eucaristía

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)